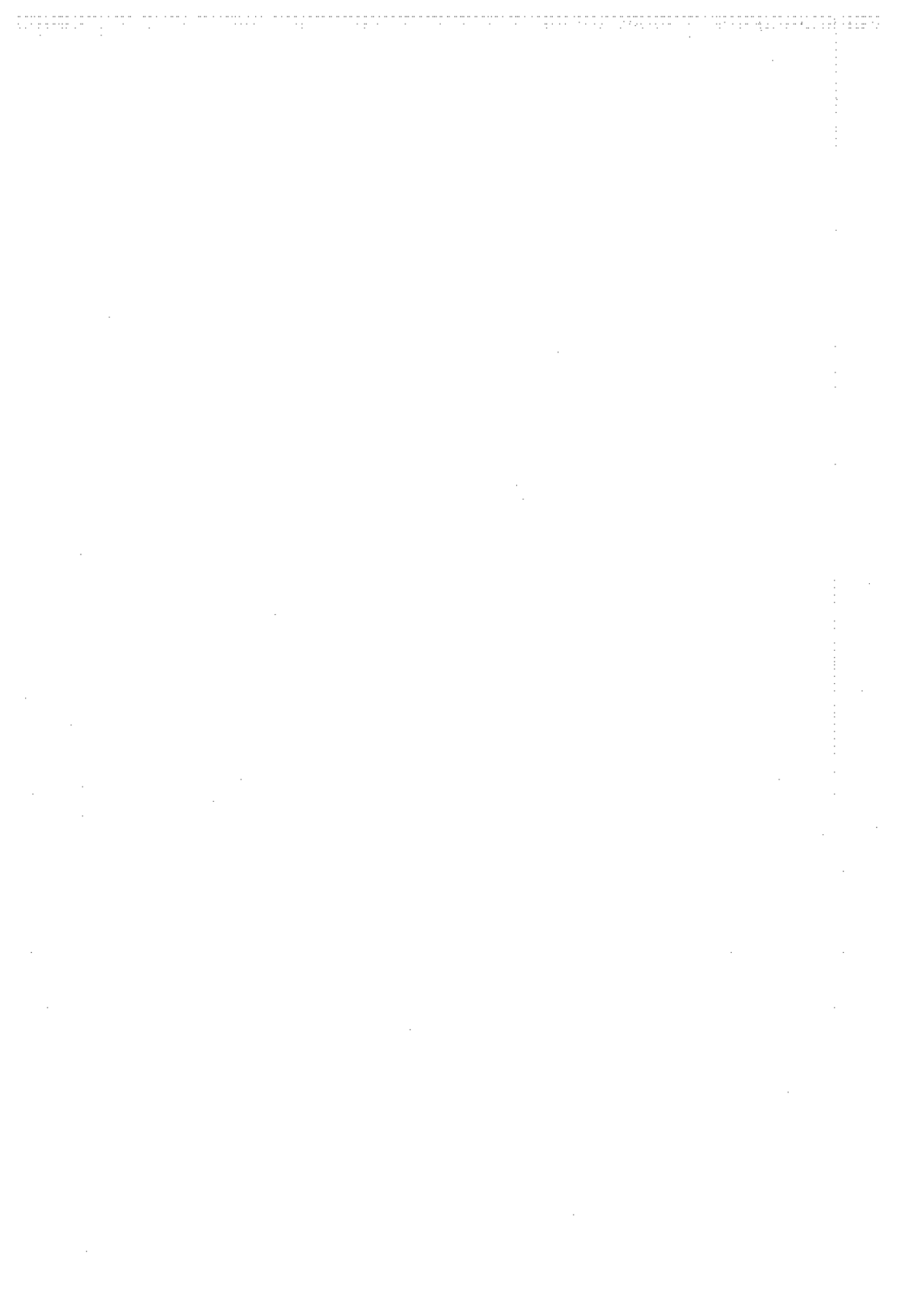


# **LAS DIFERENCIAS DE GABRIEL PRADAL**

**MIGUEL ANGEL MARTÍNEZ**

**VICEPRESIDENTE DE LA ASAMBLEA PARLAMENTARIA DEL CONSEJO DE EUROPA**





*Gabriel Pradal ante el monumento de Largo Caballero,  
del que fué autor.*

*(Foto cedida por la familia Pradal)*



## LAS DIFERENCIAS DE GABRIEL PRADAL

**D**e los catorce años que me tocó vivir en el exilio, la primera etapa transcurrió en Toulouse, exactamente desde el 12 de noviembre de 1962, hasta el 31 de julio de 64. No fueron precisamente los veinte meses más felices ni más equilibrados de mi vida, pero sí que hubo en ellos mucho de positivo y de enriquecedor: sin duda que entre lo mejor -entre lo más importante- habría que destacar las muchas horas de conversación con Gabriel Pradal.

Le conocía de antes, de poco antes, pero no recuerdo con precisión cuando le ví por primera vez. Pudo ser en alguno de los viajes que hicimos, pasando por la oficina del PSOE en la Rue du Taur, para cargar el coche con folletos y otros materiales de la Juventudes Socialistas. O quizás fuera en el Congreso del Partido, en Puteaux, a las afueras de París, al que acudí junto a Luis Gómez Llorente para representar a la organización clandestina, al "interior", como se decía entonces. En una y otra circunstancia nos saludamos, pero no llegamos

a charlar con algún detenimiento, ni menos aún a entablar conocimiento. Eso vendría después, dejando por medio nuestra detención, la cárcel, mi salida de España, y la instalación en Toulouse, como la de tanto otros, con el espíritu lleno de provisionalidad: a esperar unos meses, para volver a casa en cuanto cayera la dictadura. ¿Para qué, en esas condiciones, alejarse más de la frontera que los pocos kilómetros que separan a Toulouse de los Pirineos?

Ese debió ser en su día, y después, el pensamiento de Pradal, y por eso se quedó, como quien dice, con España a tiro de piedra, en lugar de cruzar el Atlántico como lo hicieron la práctica totalidad de los exiliados que, igual que él, eran universitarios y profesionales muy cualificados. Tal era, en efecto el caso del compañero Gabriel Pradal, arquitecto prestigioso a quien, por cierto, colegas suyos no dejaron de escribir año tras años para ofrecerle magníficas oportunidades de trabajo "en lo suyo", desde Venezuela, desde México, desde Argentina.

Lo evidente, en todo caso, es que Pradal era, por eso y por otras muchas razones, diferente a quienes con él integraban la comunidad socialista -y el exilio español, para expresarlo de forma más genérica- de Toulouse. Diferente, y casi un auténtico cuerpo extraño en aquel mundo.

Y eso que a principios de los años 60, y probablemente desde bastante tiempo atrás, Pradal era miembro de la Comisión Ejecutiva del Partido Socialista y Director del modestísimo semanario que editaba el PSOE y que conseguía ir manteniendo, contra viento y marea, el vínculo entre los pocos afiliados de la clandestinidad y entre los de la diáspora de la emigración.

Era distinto, digo, y sin embargo, era tan sencillo, tan discreto, que esa diferencia ni siquiera se apreciaba si no se fijaba uno mucho: en realidad, su naturaleza le inclinaba a pasar desapercibido.

Era diferente, insisto, porque no recuerdo -no creo que hubiera- en Toulouse ningún otro militante socialista de su generación que fuera como Pradal un distinguido profesional, un intelectual notable

y un artista destacado. Pero eso era, en definitiva, lo de menos. Otras características le desmarcaban más del medio en que se movía; dos de ellas, al mismo tiempo, limitaban de forma evidente su papel e incluso su influencia en la actividad política y partidaria que era la suya. Así, por un lado, Gabriel Pradal parecía carecer de cualquier tipo de ambición: estaba en el Socialismo para servir a unas ideas y a los hombres, al progreso de la humanidad, sin más. Por otra parte, nuestro amigo rechazaba -hasta el límite de la repugnancia- la intriga, la maniobra, la conspiración; y todo ello, en un microcosmos particularmente complejo en el que eso era la moneda corriente, la regla generalizada para cualquier actuación.

Con esto quiero decir que, es fácil entender que al llegar a ese mundo bastante mediocre -una mediocridad que a veces se agotaba en su propio vacío, pero que a menudo tenía bastante de siniestro e incluso de miserable- encontrar a Pradal, conocer a Pradal, fué para mí y para algunos otros, algo así como que nos tocara el premio gordo de la lotería cuando más lo necesitábamos.

De modo que fueron muchas, muchas horas, muchas, muchas tardes de conversación, en su despacho -un increíble cuchitril de no más de cuatro metros cuadrados, menos que mi celda en Carabanchel- o tomando café en el bistró de la esquina, frente a los ladrillos rojos de la iglesia de San Sernín. Con otra diferencia más -¡cuántas van saliendo!-, significativa, que me viene a la memoria: en una comunidad donde todos parecían saberlo todo, y donde, apenas decías una palabra, te cortaban para explicarte una realidad de la que tú acababas de llegar y los interlocutores faltaban por espacio de más de veinte años, Pradal cultivaba asombrosamente el arte de escuchar. Y preguntaba y volvía a preguntar, y provocaba. Y a veces adivinaba o intuía detalles que a uno, por más que hubiera sido protagonista, se le habían escapado.

Lo quería saber todo de España: cómo iban resurgiendo las organizaciones antifranquistas, cómo nos habíamos ido incorporando los jóvenes a ellas, cómo había evolucionado la sociedad. Pero también, cómo estaban tal calle o tal plaza de Madrid; y hasta tal o cual

edificio con el que él hubiera tenido que ver, cuando era arquitecto municipal, acaso por los años veinte.

No era fácil hacerle arrancar. Más de una vez tuve que apretarle: “pero hombre, Gabriel, que ahora le toca a usted...”. y, sin embargo, lanzado, era un narrador excepcional: contaba como quien proyecta una buena película, jugando con los ángulos, con la velocidad de la imagen; y además, de manera que casi siempre resultaba difícil identificarle a él entre los personajes.

De pronto, hoy, a tantos años de distancia, y escribiendo estas notas, tomo conciencia de otra diferencia más en la que no caí en su momento. Al contrario que tantos otros compañeros de su edad, Pradal nunca hablaba de la guerra ni del exilio, como si ambos períodos, tan dolorosos para todos -y para él, más todavía- merecieran menos atención en su recuerdo. Su discurso iba del año diez al treinta y tantos. Desde su llegada a Madrid, subiendo de Almería, con un par de duros en el bolsillo y con el título de bachiller en la maleta de madera. Y hasta la revolución de Asturias; o incluso antes, más bien hasta la puesta en marcha de la República.

Ahí es nada; el Madrid de los años diez y de los años veinte. La Universidad de aquellos tiempos vista por un estudiante pobre, que para mantenerse tenía que trabajar en lo que fuera: dando lecciones, haciendo cuentas, dibujando planos. La resistencia civil frente a la guerra de Africa, la revuelta contra la dictadura de Primo de Rivera... Atocha y San Carlos, la Facultad de Medicina. Y luego, las Tertulias: Ramón y Cajal, Galdós, Ortega, Benavente, Unamuno, Don Antonio Machado. Mas adelante, otro tipo de encuentros: Juan Ramón, Salinas, Lorca. Resultaba sencillamente increíble la imagen de aquel joven recién llegado de su provincia, con un único traje y una sola camisa, lleno de curiosidad y sediento de conocimientos, sentándose tarde tras tarde para escuchar a tan grandes personalidades. Y seguía el desfile en boca de Pradal: toreros y pintores, periodistas, escultores... Emilio Barral y Juan Belmonte, Ramón Gómez de la Serna, Pepe Caballero, Ignacio Sánchez Megías. Todo ello, por lo demás, contado con la mayor sobriedad, minuciosamente, sin una nota que pudiera sonar a



exageración o fantasía: como para vivirlo todo uno mismo, de primera mano, en el túnel del tiempo.

Tenía Pradal dos ámbitos más en su repertorio: El Teatro Real y la Casa del Pueblo. Y es que el estudiante de arquitectura era además un apasionado melómano, capaz de no cenar varias noches para oír ópera o un concierto desde el gallinero del nuevo Coliseo de la Plaza de Oriente. Precisamente era esa la afición que le había llevado a vivir en una buhardilla infame en aquel barrio, calle Arenal, calle Mayor. Y recordaba Pradal un Rigoletto cantado por Caruso, y a Fleta, y a Sagi-Barba, y a otros músicos y cantantes cuyos nombres ahora se me escapan.

Lo de la Casa del Pueblo era capítulo aparte. Pradal alcanzaba sus momentos de mayor entusiasmo describiendo los locales de la calle de Piamonte, las charlas de formación, las conferencias a cargo de dirigentes obreros extranjeros, los mítines, las clases en que aprendían a leer y a escribir tantos trabajadores que nunca pudieron ir a la escuela de niños. A Pradal le debo yo el haber oído por primera vez - el haber empezado a decir- "el Partido" y "la Unión, como si no pudiera, entre nosotros, haber otro Partido que no fuera el PSOE, ni otra Unión que la UGT. Y aquí también era extraordinariamente fascinante para mí ver surgir y escuchar a Caballero, a Prieto, a Don Julián Besteiro, al mismo Pablo Iglesias... y otros, cuyos nombres por aquél entonces me eran mucho menos familiares o incluso francamente desconocidos: Andrés Saborit, Fernando de los Ríos, Rafael Enche de la Plata, Luis Araquistáin, Zugazogitia...

¡Qué buenas horas aquéllas!, ¡Qué buenas también las que me permitieron revivir en la distancia los sucesos de Jaca y el 14 de abril; y las labores de las Cortes Constituyentes en las que Pradal ocupó un escaño socialista por su tierra de Almería!.

Y así, un día tras otro, hasta veinte meses, haciéndonos más y más amigos...

Por cierto, que en todo ese tiempo rara fué la semana en el que a Pradal no le hicieran alguna pequeña faena sus compañeros de

Ejecutiva; cosas menores y por lo mismo tanto más innecesarias; pequeños olvidos, humillaciones tan injustas como injustificables. En alguna ocasión me vi infelizmente mezclado a incidentes de este tipo. Recuerdo muy bien un caso concreto. Un día nos llegó la noticia de que se había matado en accidente de automóvil Luis Martín Santos, psiquiatra y novelista de gran talento, y que además, un par de años antes había sido uno de los dos miembros que la Comisión Ejecutiva del PSOE tenía "en el interior" del país. Tuve el privilegio de conocer a Luis y de trabajar con él, entre otras cosas puliendo en su casa de San Sebastián las ponencias que llevamos desde España al Congreso Socialista de Puteaux. En aquella ocasión, y cuando intentamos defender nuestras tesis, argumetando que Martín Santos estaba detrás de ellas, el Secretario General Rodolfo Llopis se permitió descalificar a dicho compañero en términos duros y despectivos. Pues bien, ante la noticia de la trágica muerte de Luis, mi consternación se tornó en indignación leyendo un artículo en el que Llopis se apuntaba a Martín Santos en su cuenta, cantando las mayores alabanzas del compañero desaparecido. Creí que era mi obligación poner las cosas en su sitio escribiendo unas notas sobre el amigo perdido, y en ellas alguna frase habría probablemente no del todo amable para con el Secretario General de PSOE. Pradal aceptó mi colaboración acordando conmigo limar algún entorno y matizar alguna afirmación y cual no sería la sorpresa de ambos cuando apareció "El Socialista" sin mi artículo en cuestión. Llopis lo había eliminado sin más, sin tener ni siquiera la atención de decirle una palabra al Director de la publicación ...

Pues bien, tampoco en esas circunstancias, le oí quejarse ni hablar mas de ningún compañero. Apenas si en un par de ocasiones tuvo una reacción que acaso traducía un pequeño malestar, casi tomando la cosa medio a broma, como si nada de ello pudiera realmente alcanzarle. Así una o dos veces, me señaló el tesoro que tenía colgado en la pared y que decía algo así como: "a don Gabriel Pradal, obrero intelectual de los que tanta falta hacen en nuestra causa...". Digo que me señaló la foto con un gesto que venía a significar más o menos : ¿No le parece a usted que con esto tengo bastante?.

En otra oportunidad, precisamente en el caso de mi artículo sobre Martín Santos, tranquilo y queriendo transmitirme su misma tranquilidad, me recordó una frase de Azaña en el sentido de que hay mansudumbres que en realidad y afortunadamente son una forma de digna soberbia, la mayor soberbia, la del diablo, que sabe que sobre él, ni siquiera Dios tiene poder para sacarle de su camino...

¡Gran persona y gran personaje!. Gabriel Pradal, era, en muchos sentidos de la cuerda de De los Ríos, de Jiménez de Asúa de Besteiro. Gente que no había necesitado del Partido para ser gente, pero que, si embargo, en el Partido, en su condición de militantes socialistas encontraron lo mejor de su razón de ser. Pradal tenía, además, un portentoso sentido del humor y un ojo que se le alegraba, a pesar de las dioptrías, de la edad y de los pesares cuando se cruzaba en su camino una buena moza. Por cierto que, igual que le sucede a mi querido Curro López Real, Pradal recuperaba su acento andaluz exclusivamente para hablar -siempre correcta y elegantemente- de algún encanto femenino. Y acaso de toros, pero no podría asegurarlo.

Lo más asombroso es que hubiera sabido guardar su identidad, y su sonrisa, atravesando vicisitudes marcadas dramáticamente por la muerte de algunos de sus seres más queridos, y, en general, por la desgracia. Yo creo que en los momentos más duros le ayudó a resistir la firmeza excepcional de sus convicciones. Y no he conocido ni antes ni después mejor ejemplo de hombre de bien ni de socialista. Estoy seguro de que en el momento de su despedida no dejaría en el ropero mucho más que un sólo traje, el mismo número que se trajo en su día de Almería, a Madrid, y marcharía, Don Gabriel, como vivió, siguiendo lo cantado por Antonio Machado: "Ligero de equipaje".

Puestos a reconocerle alguna debilidad, ni siquiera me atrevo a señalar como un defecto el que Pradal hubiera probablemente podido decir con justicia y con el otro de los Machado: "tengo el alma de nardo del árabe español".

MIGUEL ANGEL MARTINEZ

Madrid, Junio, 1991.